

de un pálido moreno, en la que las viruelas habían dejado á trechos ligeras huellas. Usaba por lo común pantalón, chaleco y chaqueta de una misma tela y de igual color, gris ó negro; su sombrero llevaba una cinta angosta de plata en el borde y un cordón plateado alrededor de la copa. Sus modales eran comedidos, su andar reposado, hablaba poco y sin precipitación. Ni en su porte ni en su fisonomía presentaba nada de extraordinario, nada de excepcional, nada, en suma, que denunciase en él al indomable é intrépido combatiente cuyo nombre pasaba de boca en boca, así entre amigos, como entre enemigos.

Sólo un observador atento habría podido sorprender en el semblante de Romero un vislumbre de su reconcentrado carácter, una chispa de ese fuego que encendía su sangre á la hora del combate. Su impasible rostro sólo mostraba una cosa viviente: los ojos; sólo una cosa móvil: los labios.

Estas dos partes de su fisonomía eran las únicas en que podía traslucirse el estado de ánimo de aquel hombre. Cuando ningún sentimiento anormal turbaba su espíritu, sus miradas eran serenas y su boca permanecía inmóvil y con su expresión habitual de indiferencia; pero si algo llegaba á provocar su cólera, el ojo se turbaba al instante, se inflamaba la mirada, y los labios, en su temblor casi imperceptible, revelaban una agitación interior pronta á estallar. La ira, el entusiasmo, la indignación, todo le asomaba al rostro por los ojos y los labios únicamente; el resto de sus facciones parecía de bronce; jamás se notaba en ellas la menor contracción muscular, excepto á la hora de la acción, á la hora en que todo el organismo, excitado y vibrante, parecía convertirse en una pila eléctrica que fortalecía con sus efluvios á los defensores de la República que militaban bajo sus órdenes. Antes de que su personalidad adquiriese tan marcado relieve, Romero era afecto á los bailes populares del país y mostraba en ellos grande habilidad; pero cuando el recrudecimiento de la guerra llevó su atención á más serios cuidados, fué poco á poco renunciando á su diversión favorita, hasta abandonarla por completo.

En su vida personal era siempre sencillo y morigerado. Una vez en Michoacán, volvió á su febril actividad. Entre los encuentros que tuvo desde luego con los imperialistas, debe mencionarse de preferencia un combate sostenido por la guerrilla de Romero, unida á una fuerza de Toluca y á la guardia nacional de Zitácuaro á las órdenes del Prefecto político D. Crescencio Morales, contra una columna imperialista que acaudillada por

Márquez y Elizondo había venido á Michoacán á perseguir á Romero. Las tropas de este último y de sus aliados no llegaban á 1,000 hombres, mientras que las de Elizondo y Márquez contaban 3,000. El choque sin embargo, se llevó á cabo con tanto ímpetu y valor por parte de los republicanos, que los imperialistas fueron deshechos, y uno de los jefes, Elizondo, murió en la pelea, en tanto que el otro, Márquez, huía sólo, no sin riesgo de ser cogido prisionero, pues le fué muerto el caballo en la derrota.

La reputación brillante de Romero había llegado al centro del campo enemigo, puesto que se enviaban ya miles de hombres bajo las órdenes de un general feroz á perseguir al jefe republicano, que sólo tenía á su mando un puñado de hombres de supremo valor.

Puesto bajo la dependencia gerárquica del general Riva Palacio, recibió orden de hostilizar al enemigo en la comarca limítrofe entre los Estados de Michoacán y de México. Allí empezó el período vertiginoso de la carrera militar de Romero; sus hechos de armas no fueron ya la manifestación de la intrepidez, sino la connaturalización íntima con el peligro; él y sus *Colorados* no hicieron ya alarde de valor, sino de loca temeridad; aquella guerrilla no se movía, sino revoloteaba en torno del enemigo; no ejecutaba ya maniobras, sino que se agitaba en remolinos; no era esa tropa uno ó varios centenares de soldados, según la ocasión, sino un escuadrón de espectros empujados por una fuerza incontrastable y llevando delante de sí la muerte y la destrucción. Parecía que algún soplo sobrenatural mantenía en perpetua y mortífera actividad á aquellos combatientes, rápidos, audaces y terribles. Aquel vigor, aquella persistencia inflexible, aquel golpe de vista certero, aquel valor sublimado, aquella rapidez y precisión de movimientos, aquellas cualidades superiores, en fin, que han hecho de Nicolás Romero el tipo perfecto y legendario del guerrillero mexicano, se manifestaron de un modo tan visible para amigos y enemigos, á partir de aquella época, que sus adversarios le dieron el nombre, nombre glorioso en boca de soldados franceses, de *León de las Montañas*. Una serie de combates felices en la vasta comarca recorrida por Romero, vino á poner el sello al prestigio deslumbrador de aquel renombre. Tullillo, San Felipe del Obraje, Atlacomulco, Zitácuaro, sitiado y tomado por Riva Palacio en Julio de 1864, Almoloya de Juárez, Hacienda de Aynala, Venta del Aire, Cerro del Salitre, Guanoro, Piedra Mala, Las Panochas, San Antonio del Llano, La Garita y otros puntos fueron

testigos de sus triunfos. Tan incansable era en la lucha, que hubo vez en que en un sólo día sostuviese tres acciones de guerra contra un enemigo superior en fuerzas, como sucedió el 26 de Noviembre de 1864, fecha en que sostuvo tres combates vigorosos contra el imperialista Lamadrid: el primero en el llano de las Panochas á las siete de la mañana; el segundo, á las doce del día, en la Hacienda de San Antonio; y el tercero á las cuatro de la tarde, en Zitácuaro, quedando al fin derrotados los imperialistas.

Aquella vida febril, no podía durar mucho tiempo; aquella personalidad despedía sobrada luz para que no se hiciesen esfuerzos supremos por apagarla. La hora del sacrificio iba á sonar.

A principios de Febrero de 1865 estaba Romero en Zitácuaro, tomando respiro un momento, después de sus expediciones antes enumeradas, cuando recibió orden de marchar, con todas las tropas de que pudiese disponer, hacia Tacámbaro, cuartel general de las fuerzas republicanas que operaban por aquellos rumbos. Pero casi al mismo tiempo que la orden, le fué comunicada la noticia de que una columna francesa se acercaba á Zitácuaro, en busca de él. A Romero se le hallaba siempre que se le buscaba; de suerte que salió de la ciudad, y á inmediaciones de ella se encontró con los franceses, con quienes se batió un día entero. A la mañana siguiente salió en buen orden con rumbo á Tacámbaro, por el camino de Laureles. Caminó cuatro días sin que le ocurriese novedad alguna; casi no había hallado á su paso alma viviente, pues el terreno que seguía es en extremo áspero, inhospitalario por lo despoblado, y abrasador. Sin embargo, habían avanzado sus tropas treinta leguas en cuatro días, lo que es bastante avanzar sobre aquel suelo erizado y bajo aquel clima de fuego; de manera que se había empleado bien el tiempo. Romero entonces resolvió dar un día de descanso á sus soldados, y eligió para ello la ranchería de Papazindán á que acababan de llegar. Aquella pequeña población es como un oasis en el desierto, como un jardín en medio de un páramo; tiene casas pintorescamente situadas, corrientes de una agua siempre transparente, árboles, flores, plantas y animales. ¿Qué lugar de descanso para hombres que más á menudo bebían agua cenagosa que agua cristalina, que con más frecuencia respiraban el humo de los combates que el aire perfumado de los campos, y que más se alimentaban de *totopo* que de carne de aves de corral!

Al pasar por Tuzantla, Romero había tenido aviso de que Depotier no renunciaba á

la persecución y que le seguía á cierta distancia. El peligro pareció á Romero muy remoto; el terreno estaba conformado de tal modo, que un centinela situado á orillas de la población podía descubrir una legua de terreno sobre el camino que los republicanos acababan de recorrer; y ese camino era tan quebrado y difícil, que el enemigo, en el caso de que se aventurara á llegar, no tardaría menos de dos horas en andar esa legua.

Confiado en esto, Romero situó sus centinelas en los sitios que le parecieron más á propósito, y dió la señal del más confiado descanso dentro de Papazindán. Al punto los soldados echaron pié á tierra, desensillaron y desembriajaron sus caballos y empezaron á saborear aquel reposo tan dignamente ganado; unos se sentaron á la sombra de los árboles, otros se recostaron sobre la yerba y no pocos, rendidos de fatiga, se dispusieron á entregarse sin inquietud alguna al sueño. Romero se apeó también, dejó su caballo y sus armas al cuidado de su asistente y entró en una de las casitas de la orilla de la ranchería, donde lo habían invitado á que pasase á descansar.

¿Qué ocasión más propicia para que un enemigo afortunado cayese sobre aquellos hombres, rendidos por la fatiga y las privaciones, y los cuales á caballo, con sus armas, formados y conducidos por su jefe constituían un escuadrón formidable! Y la desgracia condujo al enemigo en aquella ocasión.

¿Cómo fué que las tropas francesas é imperialistas que seguían el camino recorrido por Romero y los suyos pudieron caer sobre Papazindán, sin que los centinelas hubiesen dado la voz de alarma? ¿Entraron por otra veda? Es esto lo más propable. El hecho fué que á las diez de la mañana cuando más desatendidos estaban todos, cuando nadie pensaba en una sorpresa porque la creían imposible, una turba de zuavos y de traidores, mandados los primeros por Depotier y los segundos por Lamadrid, cayó sobre los republicanos desmontados, desarmados, dispersos y durmiendo muchos de ellos. La matanza que con ellos se hizo fué feroz; aquello fué un encarnizamiento de tigre, ¡la venganza á mansalva de continuas derrotas sufridas en combates frente á frente! La destrucción de la guerrilla fué casi completa y momentánea. Los pocos que pudieron apercibirse á medias para la defensa, fueron tasa jeados por los sales enemigos ó acribillados á balazos.

Cuando las descargas de fusilería y el estrépito de la matanza advirtieron á Romero de que algo grave pasaba en su campo, salió de la casa donde estaba é intentó marchar pre-

cipitadamente hacia el sitio de la refriega; pero muy luego se convenció de que lo que él creía una sorpresa de poca trascendencia, era un completo desastre. Los cadáveres de sus compañeros se veían tirados acá y allá; los pocos que sobrevivían estaban ya prisioneros y bien asegurados por el enemigo. Franceses y traidores rebotaban de júbilo, y buscaban algunas víctimas no descubiertas en quienes saciar su ferocidad.

Romero comprendió que todo estaba perdido, á lo menos por entonces; y como el enemigo se extendía con aire de triunfador por toda la población y él estaba solo y sin armas en una casita á orillas de la ranchería intentó huir; pero el día anterior se le había renovado la dislocación que sufriera en un pie años antes, y le fué imposible tomar la fuga. Como, por otra parte, algún tiempo después un grupo de zuavos se dirigía al acaso hacia el sitio donde él estaba, se metió cautelosamente por entre unas matas y consiguió, no sin gran dificultad, subirse á un árbol y ocultarse entre su follaje.

Los zuavos no buscaban ya enemigos, querían solo hallar un lugar á propósito para acampar y preparar su almuerzo. Halláronlo á cierta distancia del árbol en que Romero se había refugiado. Desde allí podía, sin ser visto, ver lo que pasaba en torno de él. Su situación era en extremo azarosa, y no podía menos de llenar su pensamiento de tristes reflexiones. Absorto estaba, pues, en ellas, cuando un ruido de voces joviales y de carcajadas le llamó la atención hacia el lado donde estaban los zuavos. Uno de ellos perseguía á un gallo, y á cada momento parecía que iba á ponerle encima la mano; pero el gallo entonces emprendía de nuevo la carrera, y el francés burlado en sus esperanzas, volvía á correr tras él con el cuerpo inclinado y los brazos abiertos, lo cual motivaba la hilaridad del grupo.

Romero veía con zozobra que el gallo tomaba la dirección del árbol en que él estaba; pronto la zozobra trocóse en presentimiento de desgracia: el gallo había volado á una de las ramas del árbol; y por fin, el presentimiento se cambió en certidumbre: el tambor francés que perseguía al gallo, acababa de descubrir al guerrillero.

El francés, olvidando al gallo en presencia del hombre, se puso á llamar con apremio y á grandes voces á sus compañeros; estos vinieron precipitadamente, rodearon el árbol y Nicolás Romero quedó convertido en prisionero de guerra, sobre el cual caería implacable la justicia del Imperio, dócilmente interpretada por las inicuas Cortes Marciales.

IV

El 16 de Febrero de 1865 llegaba á México en compañía de diez de sus soldados, únicos supervivientes de la catástrofe en que había perecido la guerrilla.

Todos fueron entregados á la Corte Marcial para su juicio.

Como la misión de ese siniestro tribunal era condenar á muerte á todos los acusados que se sometían á su jurisdicción, sospechóse en el acto cuál era la suerte que se le esperaba á Romero, y se hicieron sin demora esfuerzos indecibles por salvarlo. Pronto llenó la ciudad un ambiente de simpatía en favor del jefe republicano; simpatía que en vano trató de contrarrestar el Imperio con rumores calumniosos en contra de aquel.

Pero no por eso mejoraba la perspectiva de la suerte reservada al prisionero.

El 17 de Marzo la gente se agitaba en la calle de San Juan de Letrán y entraba en masa en el edificio en que el tribunal de muerte dictaba sus inalterables veredictos. La sala tenía un aspecto sombrío en consonancia con su objeto. Los jueces, inmóviles pero implacables como el destino, ni siquiera se dignaban escuchar. ¿Para qué? Ya sabían que su deber era condenar á muerte indefectiblemente. En cuanto al fiscal Lafontaine, formulaba su requisitoria en la tribuna con acento monótono, sin subir ni bajar la voz, sin el ardimiento de la convicción, puesto que no existía; su misión era ya una práctica, un oficio, una entonación rutinaria y salmódica de los mismos cargos, hechos en frases aprendidas de memoria y sin cambiar de palabras. Fara el fiscal, Romero era un *brigand*, un bandido, un malhechor; y había necesidad de ser muy severo con él, porque para eso habían venido ellos, los franceses, para acabar con *le brigandage*. En definitiva pedía para Romero y sus compañeros allí presentes la pena de muerte. Los procesados mostraban en la desgracia un estoicismo sereno, que en nada desmentía su nombre de valientes y sufridos.

El sordo murmullo de cólera que en el público allí reunido produjeron las conclusiones del fiscal, sólo era comparable con el que había producido la declaración del único mexicano que se mostró sañudamente hostil á Nicolás Romero en su proceso; ese mexicano lo era D. Manuel Echávarri, dueño de aquel caballo en que Romero había huido de sus perseguidores cuando su mala estrella le había hecho herir en riña á un panadero. El trascurso de siete años, la nacionalidad y carácter repulivo del tribunal que Echávarri tenía delante, los servicios prestados á la patria por Romero, su conducta intachable como soldado,

la popularidad de sus hazañas, la efervescencia que en su favor reinaba en la ciudad, los ruegos de muchas personas, nada de esto bastó para que aquel inexorable testigo tuviera un instante de generosidad y no declarase contra Romero. En más que todos esos estímulos, que debían inclinarle á mostrarse magnánimo, estimaba sin duda la pérdida de su caballo. La nube suspendida sobre la cabeza de Romero, en forma de aborrecimiento de un hombre, por un leve mal causado á éste fatalmente, lanzaba al fin su rayo aniquilador.

El testimonio de Echávarri fué el único que decidió de la suerte del guerrillero, pues el de dos franceses que, á cambio de la vida que éste les había perdonado una vez, fueron á declarar en su contra, no tenía valor ninguno: esos testigos no eran más que comparas en aquella lúgubre representación.

La Corte Marcial pronunció en definitiva su acostumbrada sentencia de muerte contra Nicolás Romero y tres de sus compañeros y amigos: el comandante Higinio Alvarez, el

alférez Encarnación Rojas y el sargento Roque Pérez.

Al siguiente día, á las seis y media de la mañana, Nicolás Romero y sus tres oficiales eran pasados por las armas en la célebre plazuela de Mixcalco.

La muerte de aquellos soldados de la patria había sido tan digna como su vida.

La valerosa atnegación y la serenidad perfecta de las víctimas delante de la muerte, habrían despertado intensos remordimientos en el ánimo de los verdugos, si éstos no hubiesen estado conaturalizados con la injusticia, la crueldad y el crimen.

El sacrificio estaba consumado.

Y he ahí cómo un pobre ciudadano, un oscuro tejedor, un humilde hijo del pueblo, ennoblecido por la lucha y engrandecido por el holocausto, ha llegado á ser uno de los hijos inmortales de la Libertad y de la República. (*)

ANTONIO ALBARRAN.

México, Enero de 1895.



(*) Los detalles de su doloroso sacrificio han llegado hasta nosotros por tradición y por escritos auténticos. Es bien sabido que el Imperio, temeroso de una sublevación del pueblo de la capital impulsado por sus ardientes simpatías á Romero, mandó adelantar la hora del fusilamiento; ramificó sus fuerzas militares y multiplicó su espionaje para evitar cualquiera tentativa á este respecto. Romero llegó al lugar que había de abrirle las puertas de la tumba, con un valor estoico y sereno que admiró á sus mismos verdugos; sus compañeros mostraban una resignación igualmente noble y valerosa. Romero iba fumando un puro, y se abrigaba con un capote militar que le había servido en sus últimas campañas; uno de sus dos oficiales, el comandante Higinio Alvarez, iba envuelto en una tilma que ostentaba los tres colores nacionales y el águila complementaria en el centro. En ninguno de los cuatro se notó, ni aun en sus últimos instantes, el menor indicio de flaqueza. Después de fusilado el coronel Romero, y tras el tiro de gracia que le disparó un sargento francés, el cuerpo de la víctima fué colocado en un ataúd, para que se le trasladase al cementerio. Quizá la enérgica naturaleza del valeroso guerrillero había impedido que la vida se escapase súbitamente de aquel cuerpo, pues

al ser conducido al Panteón, una convulsión postmorta del que se creía inerte cadáver rompió una de las tablas del ataúd. Romero y sus tres amigos fueron sepultados en un campo contiguo al Panteón de Santa Paula. Pocos días después, la esposa del primero pudo conocer aún, por la tierra removida, la posición de las cuatro fosas, dispuestas en hilera, y cuyas huecas han desvanecido hoy el tiempo y el olvido. La satisfacción del Imperio por verse libre de Romero, y porque su muerte no había causado trastorno alguno, gracias á las precauciones tomadas por las autoridades imperialistas, fué notoria. El Comisario central, al dar cuenta del fusilamiento de Romero á la Prefectura Política del Departamento del Valle, le notificaba que *no se había alterado el orden en lo más mínimo*, detalle que en ningún caso, y sólo tratándose de Romero, se había creído necesario hacer conocer. Tales fueron los últimos momentos del sufrido soldado de la República, que en menos de un mes había sido hecho prisionero en Papazindán, conducido por el traidor Paulino Lamadrid, en una mula aparejada, primero á Toluca y después á México, juzgado á toda prisa por la Corte Marcial, condenado sin conciencia y fusilado con precipitación.

GENERAL JUAN ZUAZUA.

1820-1880

ALLA en la frontera norte de nuestra patria, allá en aquellas regiones donde no cunde aún el deslucido de los grandes centros, y donde el patriotismo es el ideal que levanta una raza vigorosa, como la muralla inviolable de la autonomía nacional, en sus ciudades esparcidas por el desierto, cruzado sólo por las hordas de salvajes, se destacan personalidades eminentes, que se resazan en la historia patria entre los héroes de la independencia y la libertad. —Nuevo León es rico en esas grandes figuras que, encarnando una época y una evolución sociológica, han cooperado á ésta con su inteligencia, con su valor y con su abnegación. Y no contamos los mártires anónimos que en aquella tierra, siempre convulsa, antes por la guerra con el indio, después por el continuo batallar por la democracia y la Reforma, han quedado tendidos en los campos assolados por la guerra, sin haber legado siquiera su nombre á la gratitud de la patria por cuyas libertades y por cuya independencia dieron heroicamente su vida.

Solo vamos á hacer un rápido y ligero esbozo de uno de los hijos más ilustres de aquel benemérito Estado, olvidado en nuestras sombrías discordias civiles, y que hoy resurge ante la memoria de la Nación que, reposada en la solidez de sus instituciones, puede tranquilamente la hacer ya el apoteosis de los que por ella combatieron como buenos, y en sus horas de angustia supieron salvarla del desastre.

Juan Zuazua, electo por su Estado para representarlo en el Panteón de los inmortales de México, es la noble figura de guerrero que vamos á dibujar.

Entre los tristes legados que nos dejó el gobierno virreinal al desaparecer con la consumación de la independencia de México, se cuentan las tribus de bárbaros que, adueñadas de los desiertos del Norte por la apatía ó por la impotencia del conquistador en sus continuas y sangrientas invasiones destruían

pueblos enteros de Nuevo León, robando, asesinando familias enteras, y dejándolo en sus correrías una huella de sangre y fuego.

Los Seminoles, los Lipanes y los Comanches caían como una tromba de muerte, destruyendo fincas rústicas, quemando los sembrados, matando, saqueando las poblaciones, y dejando por donde quiera cadáveres con el cráneo desnudo, escarpado con el grosero cuchillo del indio.

Pero el indio tenía frente á frente una raza audaz que en aquella lucha de muerte se resolvió á combatir sin tregua para salvar su hogar, su patrimonio, su familia y su existencia misma.

En esa lucha de ardid, de asaltos, de sorpresas y emboscadas se educó Juan Zuazua, el joven colegial de Monterrey que, no adaptándose á la vida sedentaria del estudiante, deseoso de libertad é independencia, dejó las aulas y tornó á su pueblo natal, á la Villa de Lampazos, á consagrarse al comercio y á la agricultura.

Allí, aislado, después de las fatigas y labores del campo, consagróse al estudio, pero no bajo la forma escolástica que lo llenaba de hastío, sino al de la historia y ciencias militares, hacia las que sentía una irresistible atracción. Pero sin cesar soltaba el libro y arrojaba el arado, para empuñar el rifle: era que allá, á lo lejos, se veía la polvareda que levantaba la horda de comanches, y pronto se escuchaba su terrible alarido de guerra.

El joven Zuazua que, nació el 6 de Enero de 1820, no contaba aún veinte años, allí tuvo su escuela práctica, después de la teórica del arte de la guerra que había aprendido en la lectura de sus libros. Allí aprendió esa lucha personal, cuerpo á cuerpo en la que el indio, ya á pie, ya saltando sobre el indómito caballo, tendido por el vientre de éste, feroz, indomable, cruzaba rápido como el viento, desafiando las balas, y lanzando segura é inflexible la mortífera flecha.

Y pronto conoció aquella táctica nueva, y supo seguir una casi invisible huella para co-

nocer el número y la marcha de los enemigos y los ardidés de éste y como éste supo resistir el hambre, la sed, las fatigas, y marchas prolongadas y violentas de muchas leguas, sin un momento de descanso.

Su admirable serenidad en el peligro, su perspicacia para sorprender al enemigo, su valor indomable, y su inquebrantable energía, lo hicieron ser electo jefe de los pueblos fronterizos que se armaron para rechazar á los bárbaros; y éstos tuvieron que alejarse al fin con sus hordas destrozadas por Zuazua y sus voluntarios.

Veintiseis años tenía nuestro héroe, cuando la frontera se estremeció de indignación, invadida por el yankee, los fronterizos, tan levantados como valientes, se pusieron en pie, y armados se lanzaron contra el invasor. Zuazua, y Carlos su hermano, abandonaron á Lampazos y sus intereses, y marcharon á Monterrey á presentarse al Gral. Don Mariano Arista, para servir á sus órdenes; con el grado de alféreces ambos fueron incorporados á la división, pero ascendió Juan Zuazua en unos cuantos días á capitán, por su valor y pericia, batiéndose heroicamente en las gloriosas derrotas que sufrimos en Palo Alto y la Resaca, derrotas que motivaron la destitución de Arista.

Zuazua acompañó á este desgraciado general hasta San Luis, tornando á Monterrey, donde tomó una gran parte en la defensa de la plaza, entregada por impericia á los americanos, en los momentos en que el General en Jefe de éstos, Taylor, se aprestaba á levantar el sitio. "Faltó, dice un noble biógrafo de Zuazua, serenidad al General Ampudia, defensor de Monterrey, no obstante que su fuerza había resistido enérgicamente al invasor."

Pero Zuazua no perdió los alientos, y después de la pérdida de Monterrey con sus recursos levantó una guerrilla y marchó á Tamulipas, donde día á día atacaba á los americanos, cortaba sus comunicaciones, y tomaba sus convóyes. Y cuando se reorganizó nuestro ejército con las tropas venidas del interior, se unió á él, batiéndose brillantemente en la Angostura.

Todo fué inútil: había un ejército valiente abnegado, resuelto á morir combatiendo por la patria, pero ese ejército no tenía jefes capaces. En vano, también, el partido republicano rojo, como lo llamaban entonces, pedía la santa cruzada contra la invasión y acumulaba recursos é improvisaba las guardias nacionales que tan gloriosamente sucumbieron

en el Valle. Ese partido había decidido la guerra eterna, y para sostenerla quiso empeñar en ella los inmensos bienes que acaparaba el clero hacia siglos, y que sólo empleaba en fomentar la guerra civil.

El clero de México se lanzó entonces á un camino que le era muy conocido desde la independencia de Hidalgo: el camino de la traición, y negó su ayuda á la patria, y armó un motín en la capital, y cerró sus arcas y con su influencia abrió las puertas de México al ejército norteamericano.

La República, pobre, agotada, sin recursos y sin ejército, sucumbió cuando el partido moderado firmó los tratados de Guadalupe. Perdió la Nación una inmensa y riquísima parte de su territorio, pero el clero había salvado sus millones.

Aquellos tratados de paz arrancaban el fusil, no de manos de un ejército que Santa-Anna abandonó en su fuga, sino de las manos del pueblo, que iba á continuar la lucha. Y Juan Zuazua sintió la rabia de un noble despecho al ver ajada la honra de la Nación y mermado su suelo por una intriga política y una conspiración de sacristía.

Se retiró entonces á su desierto, á continuar defendiendo su propiedad y la de sus hermanos los nuevo-leoneses, de la invasión de los bárbaros. En estos combates diarios acabó de templarse el alma gigante del guerrero, amargada por el desastre nacional.

Largo es el paréntesis que tenemos que trazar aquí, porque en ese período intermedio de la historia de México nos divagaríamos si quisiéramos contar la sorda lucha entablada bajo las administraciones de Herrera y Arista entre el partido liberal, tendiendo siempre á la reforma y al progreso, y esa excrescencia moribunda del clero que, unas veces en su polimorfismo se llama conservador y otras imperialista. No podemos dar mayor extensión á esta biografía, y llegamos por tanto á uno de los períodos más negros y repugnantes de las dictaduras que han asaltado el poder.

La revolución de Jalisco, inspirada en la necesidad de hacer una Constitución más avanzada que la de 24, se falseó en los convenios de Arroyozarco, donde la habilidad de Don Manuel Baranda se burló de la eterna ambición de Urzúa. De ese escamoteo brotó la infausta dictadura de Santa-Anna.

Se nos estrecha el tiempo y no podemos hacer una breve recordación siquiera de lo que fué aquel gobierno militar, tan severa y justamente fustigado por la historia. El mismo clero, factor principal de la intriga que trajo